

La autonomía estratégica europea tras la cumbre de la otan

Domenec Ruiz Devesa
 Experto en relaciones internacionales
 Diputado al Parlamento Europeo (PSOE)

La invasión rusa de Ucrania ha relanzado el papel de la OTAN como principal proveedor de la seguridad en la región transatlántica, lo que ha quedado confirmado por la exitosa cumbre de los líderes de la Alianza Atlántica, celebrada en Madrid los días 28 a 30 de junio de 2022. Los resultados políticos y estratégicos obtenidos en este encuentro constituyen un importante punto de inflexión para las treinta democracias que integran la Alianza, facilitados por España en su calidad de país anfitrión, con especial protagonismo del presidente Pedro Sánchez y del ministro Albares.

La cumbre ha mandado un mensaje claro de fortaleza de la democracia y de unidad occidental frente a Putin. Se ha invitado a Finlandia y Suecia a adherirse a la organización defensiva. Con la incorporación de estos dos países nórdicos, dotados de fuerzas armadas modernas y bien formadas que llevaban tiempo participando en los ejercicios de la OTAN, se reforzará nuestra defensa colectiva, y también el flanco oriental de la Alianza. Se refuerza además la defensa territorial, con el aumento de 40.000 a 300.000 los efectivos militares listos para ser activados en caso de agresión a un país aliado, además de establecerse un cuartel general en Polonia. Putin obtiene así lo contrario de lo que perseguía al invadir Ucrania, es decir, la ampliación y refuerzo de la OTAN. Se ha aprobado el nuevo Concepto Estratégico de la Alianza

Atlántica, el cual debía ser actualizado a un mundo mucho más complicado y geopolíticamente hostil. Este documento fija la estrategia de defensa colectiva de la OTAN para la próxima década, adoptando un enfoque global, al mencionar el reto de China y la seguridad en la región indo-pacífica. De ahí la participación en la reunión, por primera vez, de los líderes de Australia, Corea del Sur, Japón y Nueva Zelanda. Se ha renovado el compromiso de alcanzar un gasto en defensa equivalente al 2 % del Producto Interior Bruto por parte de los Estados miembros, visto cada vez más como un "suelo" más que un "techo", evitando de paso polémicas destructivas con Washington; y se ha acordado un "significativo incremento" del presupuesto de la propia OTAN. Se ha reiterado el apoyo político, financiero y sobre todo militar a Ucrania, lo que se concreta en nuevos compromisos de suministrar armamento pesado y más sofisticado. Ante una guerra de desgaste que se prevé larga, es imprescindible dotar a Kiev de los medios necesarios para frenar y repeler la invasión,

de modo que pueda recuperar su integridad territorial.

¿Pero qué supone el relanzamiento de la OTAN para la construcción europea y particularmente para su autonomía estratégica? Ciertamente, el impulso a la Alianza Atlántica constituye en la práctica un mayor compromiso de los Estados Unidos con la defensa territorial europea, y por consiguiente un refuerzo del

Tras la agresión de Rusia a Ucrania, la unidad de Europa y la de Occidente son irremediabilmente dos caras de la misma moneda, pero ambas pueden fracturarse si no se resuelve el problema económico y energético.

vínculo transatlántico, lo que es en sí mismo positivo, y que será difícil de revertir aun cuando cambie el ciclo político al otro lado del Atlántico. Desde su origen, estos dos proyectos, el atlantista y el europeísta, han avanzado en paralelo. Mediante la OTAN, Estados Unidos se comprometía con la seguridad del continente frente a la Unión Soviética, mientras que Europa occidental iniciaba a través del mercado común un proceso de integración política con vocación federal, clave para garantizar su paz y prosperidad, con el pleno apoyo de Washington. Los estadounidenses veían en la integración europea la solución a las guerras civiles continentales, pero también la consolidación de un polo supranacional europeo de la comunidad transatlántica, con potenciales beneficios para la seguridad. De ahí su respaldo a la proyectada Comunidad Europea de Defensa de los años cincuenta del siglo pasado. Visto así, no hay, ni debe haber, contradicción entre la unión federal de Europa y el refuerzo de la relación transatlántica, que se estructuraría no solo a través de la OTAN, sino también mediante la relación política, económica, comercial, etcétera, entre la UE y EE.UU. De ahí

la necesidad de dar un marco global y estructurado a la misma con un nuevo Pacto Transatlántico, en la estela de la ya superada Nueva Agenda Transatlántica de 1995, firmada precisamente en Madrid bajo presidencia española de la UE. Frente a Rusia y China, será cada vez más importante la conformación de una gran área comercial y de inversiones desde Vancouver a Helsinki.

Ahora bien, el refuerzo del papel de la OTAN en la seguridad europea tiende a verse indefectiblemente como un menoscabo de la autonomía política de Europa, y particularmente de su integración en materia de defensa, como si de un juego de suma cero se tratara. En esta clave se interpreta también la adhesión de Finlandia y Suecia, estados miembros de la UE, a la Alianza Atlántica. Sin embargo, hay que tener presente que estas incorporaciones refuerzan la coherencia geo-estratégica de Occidente, con el sistema de la doble membresía (23 de los 27 estados miembros de la UE lo serán también de la Alianza Atlántica), facilitando aun más la necesaria colaboración entre la UE y la OTAN en materia de seguridad y defensa, lo que debe impulsarse con la declaración que se está preparando. Tan es así, que



en el nuevo Concepto Estratégico de la OTAN, la UE se cita ya en el prefacio, y se le describe como un "socio especial y esencial", reconociendo su papel en el campo de la seguridad en el marco de una "asociación estratégica".

Además, la Europa de la defensa no solo es necesaria como pilar europeo de la comunidad transatlántica de seguridad, sino también para la implementación de las misiones en las que no sea necesaria o posible la participación estadounidense. La elección de Trump como presidente de los Estados Unidos en 2016 ha puesto de relieve que no siempre se podrá contar con Washington con el mismo grado de fiabilidad. De ahí la importancia de proyectos como el Eurocuerpo,



un cuartel general y estado mayor integrado por seis Estados miembros de la UE, y que actúa al servicio tanto de la UE como de la OTAN, y la propuesta de la Fuerza de Reacción Rápida compuesta por no menos de 5.000 efectivos y que ha propuesto Josep Borrell, Alto Representante de la UE para la Política Exterior y de Seguridad y Vicepresidente de la Comisión Europea, en la Brújula Estratégica.

Con carácter general, la UE debe aprovechar las sacudidas de la pandemia y la guerra para reforzar su unión política, particularmente superando los vetos nacionales en materia de política exterior y de seguridad, y reforzando los poderes del

Vicepresidente y Alto Representante, de modo que pueda actuar de derecho, y no solamente gracias a la fuerte personalidad de Borrell, como un auténtico ministro europeo de Asuntos Exteriores. Para todo ello es preciso reformar los Tratados mediante una Convención constitucional. Sin embargo, el Consejo Europeo del 23 de junio de 2022 apostó por la ampliación de la UE (otorgamiento del estatuto de país candidato a Ucrania y Moldavia, lo que es un acto debido) sin vincularla con la profundización política de la misma. La renovada apuesta por la OTAN, con el énfasis en la defensa territorial oriental y la ampliación hacia los Balcanes occidentales y el Este, no pueda quedar sin la contrapartida de acelerar la federaliza-

ción del proyecto, a riesgo de descompensar la relación transatlántica y de diluir el proyecto de integración.

Además, tras la agresión de Rusia a Ucrania, la unidad de Europa y la de Occidente son irremediablemente dos caras de la misma moneda, pero ambas pueden fracturarse si no se resuelve el problema económico y energético. Occidente está librando una guerra indirecta con Rusia que se anuncia dura y prolongada en el tiempo. Su poder económico y su base industrial son muy supe-

riorios a los del agresor. Pero hay que aplicar políticas macroeconómicas, incluyendo un pacto de rentas europeo, y energéticas, destinadas a controlar la inflación, sin recurrir a la subida de tipos de interés. El encarecimiento del precio del dinero es una estrategia de eficacia dudosa ante las subidas de los precios de la energía y las materias primas, con el riesgo añadido de recesión que conlleva endurecer la política monetaria. Sin el apoyo de los sectores populares, más afectados por la pérdida de poder adquisitivo, flaqueará la determinación que hasta ahora se ha mantenido frente al dictador del Kremlin.

TEMAS